

Madrid Cómico

SEMENARIO ILUSTRADO

Oficinas y Talleres: Ferraz, 21.—Teléfono 3558

Director propietario: MANUEL DE A. TOLOSA



20
cts.

—¿Has visto el amante de Fifi?

—¡Vaya un tío roñoso que debe ser! Fíjate; por ahorrar, no lleva cristal más que en un ojo.

(Dibujo de Ramirez.)

¿Tienen razón de ser las verbenas?

He aquí un tema muy apropiado y en su punto para una información (los galicursis dicen *encuesta*), con motivo de "la primera que Dios envía"...



Yo creo, francamente, que no.

Madrid ha perdido el "color local" que tenía antaño, y *eso* de las verbenas (que en otros tiempos era un muy vistoso espectáculo) carece hoy de *visualidad*, nombre que se aplica exclusivamente á las obras de Perrín y Palacios.

Y es que el pueblo no está ya para fiestas, como no sea *la nacional*.

La "tauromaquia" ambiente y mobiente abrió tan enorme brecha en el presupuesto del proletariado "juerguita", que na-



die tiene ya dos pesetas para dedicarlas al solaz verbenero.

Además, para lo que hay que ver, oír, oler, gustar y palpar en tales sitios de es-

parcimiento público, no vale la pena de concurrir á ellos.

En cuanto al sentido de la vista, no habrán de recrearle ciertamente el mal gusto, la ramplonería y vulgaridad de los puestos é instalaciones "feéricas" (otra palabreja de que usan y abusan los señores galiparlistas, que no saben distinguir de ferias y hadas.)

El del olfato no gozará tampoco mucho con el tufo de las freidurías de buñuelos, churros y cohombros, implantados al aire libre.

El del oído debe sufrir lo indecible con el martilleo constante de los "manubrios" *organillísticos*, que—á semejanza de los toros—repiten una eterna canción hasta hacérsela aborrecible.

El del gusto, aparte de la manoseada especie de "frutas de sartén" ya referidas, no se regordeará—á buen seguro— paladeando y saboreando las inevitables rosquillas, los consabidos *cacagüés*, y el agresivo y feroz "morapio".



Y el sentido del tacto, en fin, no puede consagrarse al dulce *parqueo*—como en los bailes de candil—ahora que la luz eléctrica quita á ese *placer* su mejor encanto: el misterio...

Todas las fiestas populares á *la intemperie*, van decayendo y declinando de un modo fatal y rapidísimo.

Díganlo, si no, el Carnaval, el Entierro de la sardina, la Pradera de San Isidro, y hasta las formaciones militares y las procesiones religiosas, tan del gusto de Madrid hace algunos años.

Recientemente hubo en el campamento de Carabanchel unas "maniobras de conjunto" á, las que concurren todas las fuerzas de la guarnición de esta plaza y de sus cantones.

Yo asistí á ellas en calidad de *isidro*, y me encontré solo casi absolutamente allí, cuando esperaba que seríamos más los paisanos que los actores de la obra...

La solemne festividad del Corpus ha pasado también punto menos que inadvertida, según supe por los periódicos, pues yo no soy muy "eucarístico" que digamos.

Y es que las corridas de toros absorben

toda la atención de las gentes y agotan el caudal que destina el público á diversiones.



Así es que las verbenas van de capa caída y dando traspiés, como los borrachos, que son su indefectible y única fe de vida... *aireada*.

Por lo demás (como dicen los oradores del *cliché* y el lugar común), poco se perderá con que desaparezcan de una vez para siempre.

El regocijo de la colectividad no es—como años atrás lo era—una manifestación sincera de la alegría de vivir, sino un ficticio entusiasmo de los espíritus, que, en realidad, tienen pocos motivos para exteriorizar un júbilo... que no existe.

La sonrisa de ayer; es mueca hoy. Y es que nos hemos atracado de toro glotonamente, y ahora pagamos las consecuencias.

Esta infeliz *ex corte* de las Españas se muere de hambre (así como suena, sí, señor); "y eso de hacer de tripas corazón," es un tópico que ha pasado á la Historia.

Lo único verdad es que "de la panza sale la danza." Y aun esto nos lo desmienten las verbenas, en donde suele ocurrir todo lo contrario...

Pero quizá por eso mismo, es por lo que tienen "razón de ser"...

Carlos MIRANDA





Cosa es que debe de consolar á los traspillados ingenios de hogar la vieja y repetida historia de la contrafortuna del talento. Si Cervantes no cenó al rematar su Biblia de la ironía, no es raro que mal almuercen ó cenén á medias los que solo hacen pequeños poemas ó ligeras fábulas para las gacetas y las revistas contemporáneas. Y que S. E. Don Dinero en vez de visitar nuestros míseros hospitales se aposente en el estrado de los necios, me parece una obra de compensación.

¿Es que, acaso, querriais poetas, filósofos y novelistas, tener dinero además de tener talento? Sois insaciables, amigos. Considerad que hay que dejar algo para los pobrecitos majaderos.

Verlaine fué mendigo y ungió de gloria sus harapos; Bandelairé ganó en toda su vida literaria 1.200 francos; nuestro Gustavo Adolfo murió en la miseria, dejando inéditas sus *Rusias*, que han sido el breviario sentimental de tres generaciones; la corona de Zorrilla ha aparecido en una nefanda casa de préstamos. ¡Grande y famosa lista pudiera hacerse con los pobres é ilustres locos del Arte, inmolados por la estulticia de sus contemporáneos.!

En España y principalmente en estos tiempos, el literato es un tipo social que está siempre al margen, en la vil situación del parásito, sin ningún derecho ni dignidad, como un bufón.

Los obreros de todos los oficios han constituido sociedades con sindicatos, cajas de resistencia y montepíos. Cuando la codicia ó la arbitrariedad de los patronos es intolerable, los obreros presentan la huelga é imponen su derecho; y á su vez se aunán los patronos, los empleados, los mozos de café, para hacer respetar su trabajo, su capital y su anhelo de vivir. Sólo los literatos están dispersos y sin fuerza social ninguna.

Es locura querer vivir haciendo libros, porque se cae entre las garras de saltatumbas ó de curial que es aun peor, de los editores, que de hacerlos por cuenta propia siempre hay que regalarle el 50 por 100 al mercader de libros, quedando el otro cincuenta para pago de imprenta, encuadernación y papel. ¿Qué remuneración resta pues, para el trabajo del escritor que durante medio año ha pulido su obra con calor de corazón y ha puesto en ella claridades de entendimiento?

Hay que dedicarse á la colaboración periodística; pero en España las gacetas son esencialmente políticas y personales. El periódico mejor de Madrid es en el fondo igual al más humilde del último pueblacho; todos defienden los intereses de tal procer ó las ambiciones de cual terrible demagogo; la poltrona del inspirador ó la conveniencia del que les paga. Son escaleras para los arribistas de la política.

Además insinceros y aburridores. El buen lector que no tiene ningún apasionamiento político y que sólo busca lo ameno y lo inofensivo resulta estafado. Y es claro, que para que los propietarios sean ministros ó los directores sean diputados, ó haga la empresa algún pingüe negocio, los versos y los artículos literarios no son de gran eficacia.

En la prensa diaria no llegan á cuatro los periódicos que pagan colaboración. Suelen retribuir con cuatro ó cinco duros á lo sumo, las producciones que insertan dos ó tres veces al mes: total de setenta á setenta y cinco pesetas, y para esto es preciso tener acreditada la firma, haber hecho un largo aprendizaje, y sobre todo, serle simpático al gerente del periódico.

Ese mezquino montón de calderilla con que se paga una composición ó un cuento, se cobra siempre después de publicarse el trabajo. Hay tiempo más que suficiente para morir de hambre en un quicio ó para extrangular á un tendero bruto y adinerado.

El propietario de un periódico puede impunemente atropellar á un literato, sin el temor de que se interrumpa por una huelga de literatos.

Los literatos militantes son mansos y desvergonzados, aduladores como perros, sin sentimiento de confradía. Se roen unos á otros, se censuran las condiciones artísticas de las mutuas producciones sin ver que fuera tal vez más lógico unirse sólidamente y llegar al atentado personal contra algún pomposo cretino de los que dirigen esto, antes de morir de penuria y consentir tantas indignidades y bellaquerías.

El literato tiene un puesto determinado en el concierto social, lo mismo que el dramaturgo, el músico y el pintor. El público ama el teatro, gusta de oír una sinfonía y de leer una bella narración, y para eso da su dinero. Después de los negocios embrutecedores y áridos busca un remanso de deleite y de amenidad en las cosas artísticas, y eso no lo han comprendido aun los dueños de periódico. Porque no creo que tengan la loca idea de que sus ambicioncillas y caciqueos son el último aullido de lo ameno y de lo interesante.

No hay ningún diario de amenidad y de información, todos ellos son armas personales para la lucha política, puertas para ingresar en el botín del presupuesto.

Así los literatos, son una clase lamentable y misérrima. No será raro que en breve veámoslos por las esquinas con un cartelito sobre el pecho, que diga:

“Un pobre poeta lírico ó un novelista desgraciado, apelando al buen corazón de los transeuntes.

Y no se diga que es por culpa del público. El público, el buen burgués, el craso tendero y el orondo presbítero, sienten un dulce amor á las cosas bellas.”

Claro es, que después de haber almorzado sólidamente.

Emilio Carrere



PREPARANDO EL VERANEO, por Márquez.



—Julita, ¿dónde te parece que vayamos á tomar aguas este verano?

—A Liérganes, con mamá.

Éxitos de librería

"CUATRO CUENTOS Y UN CABO,"

Con este título acaba de ponerse á la venta y está ya á punto de agotarse un libro de nuestro queridísimo amigo y antiguo colaborador Juan Pérez Zúñiga.

No es Pérez Zúñiga, de los que necesitan reclamos para que sus libros se vendan. Garantizan elagotamiento de las tiradas la gracia y el ingenio sostenidos por él durante tantos y tantos años en las columnas de los periódicos, con el beneplácito de la gente que siempre buscó y halló en sus producciones el más eficaz de los remedios contra el mal humor.

Pero basta de elogios.

Como para "muestra basta un botón," ahí van cogidos al azar dos capítulos de la nueva obra.

LAS ALARMAS DE UNA MADRE

La noche comenzaba á clarear.

En la elegante morada de Rabadilla, una madre gruesa, vagamente angustiada, revelando en su semblante violáceo la impaciencia más torturadora, daba vuelta de un lado para otro...

¡Eufemia!—gritó por fin llamando á la servidumbre, que era unipersonal, femenina y ligeramente azulada.

¡Señora! — respondió Eufemia, doncella de rechupete al par que de Cogolludo—. Anda, la dijo el ama—llégate á casa de mi sobrino Pepe y dile que venga enseguida...

Quince minutos después hacíase presente en casa de la viuda de Rabadilla, Pepito Espolique, joven sensato, de arrogante figura, capitán de la Guardia civil todo él y primo hermano del doliente Cosme...

—¿Qué ocurre, tía Prisciliana?—preguntó el recién llegado á la señora gruesa.

—¿Qué quieres que ocurra?... —contestó la madre de Cosme, tornándose pálida sin motivo.

—Ocurre que, mentecato y triste, se ha propuesto quitarme la vida... Tú no sabes lo que es tener un hijo azul...

Doña Prisciliana, no obstante la abundancia de sus carnes, dejó caer del ojo derecho dos lágrimas amarillentas...

Se oyó en el aposento una pausa prolongada, guarnecida de sollozós opalescentes...

—Y bien, amada tía—dijo Pepe tomando asiento en una silla rojiza rellena de melancólico pelote—¿qué nueva contrariedad es la que...

—Escucha—contestó doña Prisciliana, depositándose sobre los muelles de otra silla.—No es lo malo que mi Cosme se la ve de tarde en tarde y haya jubilado á su peluquero y sueñe en alta voz con ninfas fosforescentes, sino que haya perdido por completo la alegría y hoy todo lo encuentre sombrío, melancólico... Los calcetines sollozantes, los garbanzos dolientes, el gato triste, el chocolate quejumbroso... Hasta en el par de castañuelas que tiene colgadas en su cuarto, sobre las ánimas del purgatorio, ve dibujarse

una vaga melancolía... ¡Si supieras cómo temo que llegue á perder el juicio completamente!... A veces llama lago de ensueños á la artesa, cipreses enfermizos á los paraguas, parque doliente al cuarto ropero, nenúfares á las patatas fritas y sueños glaucos á los ronquidos de la portera... En fin, antes llevado del espíritu de raza, y haciendo honor á sus antepasados, solía retozar con la criada, animado, alegre... Hoy... ¡hoy no piensa más que en los hechizos de sus amigotes, de esos amigos azules, que le hubieran sorbido el seso si Dios le hubiera dotado de ese blando artículo de casquería!...

—¿Y dónde se halla Cosme á estas horas?—preguntó Pepe con interés.

Sospecho que ha ido al bosque de las Libébulas glaucas. Porque, así como en sueños no suele hacer más que barajar las palabras "ensueño," "nostalgia," "mentalidad," "melancolía," "Ibsen," "Tolstoi," "Verlaine"... como si estuviera escribiendo una crónica, anoche nombró veintitres veces el bosque... y el alma del bosque... añadiendo con voz gangonosa "Iré... iré..."

¡Qué diantre de muchacho! —exclamó el capitán soltando *in menti* un conocidísimo terno.—¡No parece sino que Dios le rellenó con nenúfares las celdillas cerebrales!

¿Te parece regular —prosiguió la señora obesa—que el muy necio se exponga á que en vez de encontrar el alma del bosque, le rompa la suya, que es de cántaro triste, alguna pareja de atracadores?

—Se queja usted con razón, querida tía—dijo Pepe;—¿pero qué quiere usted que haga yo?

—Ir al bosque en busca de Cosme, y cumpliendo la misión de tu benemérito instituto, traértele de una oreja, como si fuese un prófugo vulgar y no un soñador exquisito...

El bizarro capitán Espolique prometió á su señora tía proceder inmediatamente, acompañado de su asistente Canuto, á la busca y captura del superprimero, no muy á gusto por cierto, pero sí deseoso de tranquilizar á aquella pobre madre,

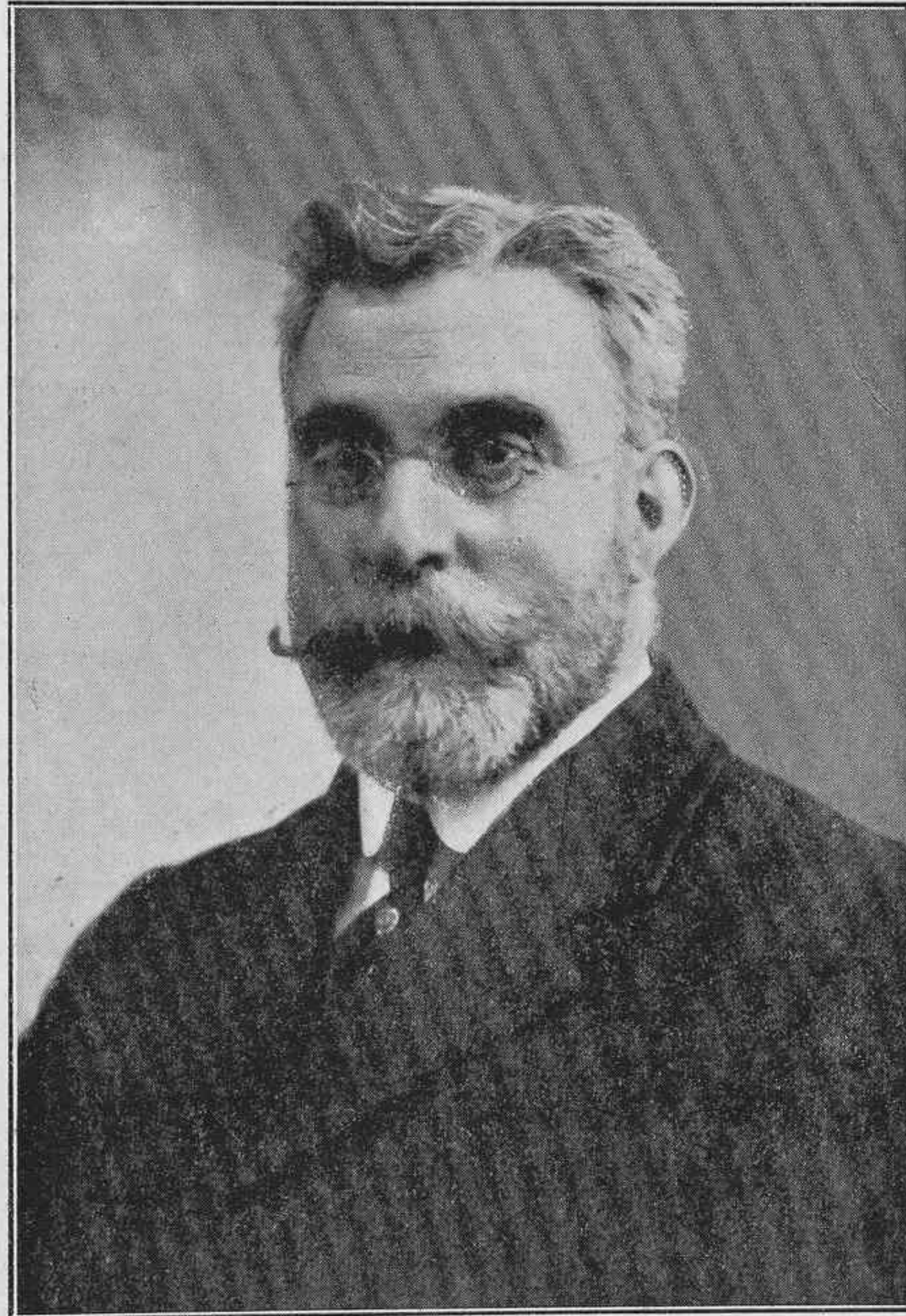
que veinte años atrás había tenido la peregrina ocurrencia de echar al mundo un manojito de pálidos lirios con figura humana ó poco menos...

EL BOSQUE TRISTE

El famoso bosque de las *Libébulas glaucas* confina al Norte con un despoblado, al Sur con una llanura, al Este con un terreno inculto y al Oeste con el campo...

Consignado ésto, es de suponer que el lector quedará tan enterado de la situación del bosque, que no podrá confundirle con un titirimundi de feria ni con un asilo de huérfanos.

Desahuciadas por los dueños de otros bosques, vinieron á refugiarse en éste infinidad de inocentes libébulas, y como eran glaucas y no de color de chocolate, de ahí que el bosque tomase el nombre con que hoy se honra. Su extensión es tan grande, que toda persona que penetrando en él por un punto, quiera salir por el



D. JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

LA NEGRAZA

Canción de la zarzuela "ABIERTA TODA LA NOCHE,, letra de los señores Jover y Arroyo, música de los maestros Quisilant y Badía.

(CONCLUSIÓN.)

¡m gacholi le vuelven locas las cosas que marca por usted por us.

ted doy yo saltes mortales

graza! ... graza!

2a Chelito Baila (Selección Chelito que Baila)

O - lí ya las morenas gra-ciosas de far a te - ra de far a te -

Época de Tango

(24)

za da quel co- lor de la sangre ardo rosa le quemala

Allegro assai

cara la cara — ; Pro-rena!

; gi- ta- na! ; Pre- ciosa!

; Pe- graza! o- le o- le ; chi- pen!

Linars

opuesto, tiene que atravesar el bosque de parte á parte... ¿Será extenso?...

La exuberancia de la vegetación; los laberintos de la callada fronda; la existencia de los arroyuelos; el repertorio de cantos de los ruiseñores, que preludian sobre el ramaje, amores ornitológicos y añoranzas avícolas; los desniveles del terreno, que á trechos oculta su alfombra de césped con marañas de yedra; el infinito número de escandalosas lagartijas, que con sus trinos (porque también trinan cuando se enfiadan) turban el silencio del paraje umbrío, dan al bosque de las *Libélulas glaucas* un tinte melancólico, un tono doliente, un matiz de azulado ensueño...

No es raro que el bueno de Rabadilla dedujera de todos estos encantos la existencia ideal, sino efectiva, del alma del bosque; alma vegetal, agreste, húmeda, triste, esfumada... y es lógico que anhelara conocerla, aspirarla, vivirla...

Bosque sin alma, según Rabadilla, es flor sin perfume, ave sin nido, cuerpo sin sombra, calzoncillos sin tela...

¿No encuentras, lector amigo, justificada su resolución de dirigirse al bosque solitario, discurrir por él sin detenerse en ninguna cascada, sin fiscalizar ningún hormiguero, sin desfallecer hasta encontrarse de manos á boca con el espíritu misterioso?

Las sombras de la noche comenzaban á servir de tapadera al paisaje, cuando Cosme Rabadillas pálido, abandonando el duro asiento donde tuvimos el gusto de dejarle al final del primer capítulo, se internó resueltamente en las arboledas, poniendo toda su alma en hallar la del bosque, ambas azules, y lanzando nuevamente suspiros hondos, más bien estertores nostálgicos, que eran contestados por los grisáceos cucos desde las ramas de los tilos, altas, arropadas, sombragíneas, melancólicas...

Juan Pérez Zúñiga.

PASEANDO SE VIVE

Entre las diez mil prescripciones que la higiene aconseja á los desdichados que bajo su advocación vegetan por esta tierra de pan llevar, es sin disputa el paseo la más preferente de todas, á juzgar por el número de adeptos que siguen el consejo.

Con un sol capaz de tostar el morrillo á las diez ganaderías más famosas de Andalucía y Colmenar, salen de sus respectivos domicilios las familias pudientes, mediocres, y bajen ustedes de ahí hasta las que profesan el arte de mendigar.

Las personas con gusto y con trapitos pasean desde la Cibeles á la estatua de Castelar, y de la estatua de Castelar tornan á la Cibeles.

Estos paseos tienen la ventaja de oler á cuadra y á cocherón, además, no molesta el aire puro, que enfría los pulmones, como sucede en el Parque del Oeste y Retiro.

Los paseantes pueden dividirse en tres clases, como las cajas de cerillas. Clase *extra*, la que vaga cómodamente en coches y automóviles, admirada por los juañetudos y callosos. Clase *fin*, la que después de hartarse de pasear á pie, mitiga el cansancio en el democrático tranvía, ora esperándole una hora, ora tomándole como afamado *boxeador*, y la clase *ordinaria*, aquí entra todo como en botica.

A la caída de la tarde puede el observador admirar en los paseos concurridos por las familias mediocres, sin tranvía, á esas señoras mamás, con sus cincuenta años más que menos y sus ochenta kilos de morcillo desgravados, balancearse haciendo la parodia de sus tres niñas. Dos en estado de merecer, juveniles, esbeltas como columna *eléctrica*, y la benjamina preciosa tobillera adelantada con... lo suyo.

La mamá echando cada ojo á las sillas de los aguaduchos, que tiran de espaldas á los ocupantes, y las niñas mirando mantecosamente á los muchachos de flexible claro y terno oscuro, tal vez como su porvenir.

Estas familias que salen de su casa y se pasan la tarde paseando lentamente, sudorosas, febriles, sin lograr que siga á las niñas un hombre capaz de hacerlas desgraciadas cónyuges, llegan á casa molido el cuerpo de tanto caminar, ahogándose como pájaro al sol, en jaula sin agua, y encuéntranse el recibo de inquilinato.

No se respira.

Juan S. de la Cuesta.

Hablando del matrimonio



—¿Pero por qué no quieres casarte, Enrique?

—Porque eso del matrimonio es una mala obra que hace el hombre y yo soy incapaz de cometer ninguna mala obra.

—¿Mala obra dices?

—Sí, vida mía.

—¿Qué pruebas tienes para decir tal cosa?

—Una convincente. Desengáñate que no debe ser nada bueno cuando por llevarlo á cabo tienen que amonestarle á uno.

Con sus mismas armas.

Lógica infantil.



—Celedonio, sabrás que, siguiendo tus consejos, me dediqué á las señoras casadas y aquí tienes mi primera conquista.

—¡Caracoles! ¡¡Mi mujer!!



—Ya lo sabes Juanito, Que no se te olvide. La misión de los ángeles, el Catecismo lo dice, es traer y llevar á Dios recados de los hombres.

—Entonces, no sé por qué se quejan los chicos del Continental, cuando están como los ángeles.

LO QUE NO DEBIA PASAR

Bien quisiera yo no tener que dar á ustedes noticia tan desagradable.

Pero no hay más remedio.

Me lo exige el culto ferviente que á la actualidad debe rendirle todo fiel cronista.

La estación más deliciosa de las cuatro que tenemos va á desaparecer,

No crean por esto que se trata del derribo de la estación de las Delicias, la cual por el nombre presuntuoso que ostenta debía ser en realidad superior á las tres restantes, ó sean la del Norte, la del Mediodía y la denominada vulgarmente de las Pulgas.}

La que toca á su fin, pues sólo tres días de existencia le quedan á partir de hoy, es la Primavera, esa hermosa estación del año en que todo parece cantar su amor á la vida.. Es en ella, cuando la tierra fecunda nos muestra el testimonio de su alegría y satisfacción, cubriéndose de flores que enbalsaman el aire con aromas de sensualidad y de ensueño.

Perdonen ustedes este conato de lirismo, impropio de crónicas como esta puramente festivas.

La culpa la tuvo el librito dichoso.

¿Qué librito?... ¡Ah!... ¿Pero no lo saben ustedes todavía?

Pues, sí, señores. Tengo un libro en preparación y pienso darlo pronto á luz para calmar la justa ansiedad que el público siente por conocerlo.

Su estilo es francamente "modernista", por lo que creo asegurado el triunfo.

Me impulsó á hacerlo así el predominio que llegaron á ejercer sobre la opinión en la actualidad, las rimas enfáticas é ininteligibles, que sirvieron para descubrir las personalidades de ilustres besugos que ocuparán con el tiempo, ¡que duda cabe! las poltronas académicas.

Será un éxito de librería.

Así lo harán constar los periódicos al pie de mi retrato que se publicará, (cómo no?) juntamente con el bombo de ordenanza.

¡Cuánto van á gozar mis parientes!

¡Con las ganas que tienen de ver en "los papeles" mi fisonomía!

¿Por el mérito que representa la gloria? ¡Quiá!

Por lo que va sufrir al enterarse la vecina del segundo que se pone tonta, porque su sobrino es también de los que escriben en los periódicos.

¡Oh, vanidad humana!

Tú eres uno de los principales gérmenes propagadores de esta manía editorial que suele desarrollarse en el hombre, al mismo tiempo que la flor en el campo: por Primavera.

La Primavera es una estación que no debía pasar nunca.

Apelaré al socorrido símil filosófico-ferrero para mayor claridad.

La Primavera debía ser en el viaje fugaz de nuestra vida, no una estación de tránsito, como lo viene siendo por la voluntad suprema del Altísimo, Jefe de todos los Movimientos; sino estación de destino ó de término para no salir de ella.

¡Es tan deliciosa su temperatura!

¡Tan fragante el olor de las flores, cuyas hojas perfumadas constituyen su heraldo ideal!



—¿Y no tendrás miedo á las balas?
—No señor. A los *perdigones* sí, porque dan las grandes *novatadas*.

(Dibujo de Márquez.)



"LAS MUJERES DE DON JUAN,,



PRINCIPALES TIPOS DE LA OBRA.—Apuntes del natural, por Izquierdo Durán.

¡Qué alegría, qué satisfacción inefable la que sentimos viendo salir la hoja del heraldo!

¡Y qué pena, qué dolor cuando llegamos á verla tirada!

Claro que esto de quedarse en Primavera no es una cosa imposible

Ni mucho menos.

Los contribuyentes españoles pueden atestiguarlo mejor que nadie.

Ahí están los políticos que no me dejarán por embustero.

* * *

El término medio, ultrajado y combatido con verdadera saña en todos los órdenes de la vida por valiosas entidades, es en temperatura, mi ideal.

El contacto de las extremidades en este punto, no es muy beneficioso que digamos.

El calor excesivo aniquila.

El frío extremado también.

Hay que buscar un término medio si se quiere disfrutar de la vida plácida soñada.

Es decir, no sentir frío ni calor.

Como ocurre en la Primavera.

Por eso afirmo que ésta es una estación que no debiera pasar nunca.

¿Qué va á ser de nosotros este año cuando el calor apriete, sabiendo como se sabe por la prensa, que los fabricantes de abanicos declararon no hace mucho, en Valencia la huelga general?

Si este asunto no se arregla por los patronos antes de que llegue el verano, ¡pobre pueblo!

Porque entonces sería el Gobierno quien lo tendría que ventilar.

Y en ese caso ¿qué podía aguardarse?

¡La asfixia!

Adolfo Sánchez Carrére.

El peor de los cuentos.

Un sollozo intenso ahogó la última y débil negativa de la zagala, que, refugiando su cabecita rubia en el regazo del viejo, dejó correr el llanto por sus mejillas. El anciano juglar estrechó fuertemente contra sí el cuerpo de la sin ventura y puso en el cielo una mirada tan dolorosa como suplicante. Luego inclinó la cabeza sobre el pecho, y entristecido secó con sus rugosos labios el llanto de la moza.

La noche era primaveral, sublimemente poética, preñada de luz y de aromas. La brisa susurraba su cantiga de amor á las flores, y el cantar de un regato cercano era dulce arrullo. Los insectos entonaban el himno de la noche, y con el halo que fingía la azulina luz de la luna parecía caer sobre la tierra grandiosa paz de las regiones celestes.

El juglar, comprendiendo su impotencia para contener el llanto de la moza, cogió la gaita y púsose á tañerla, arrancándola sonidos semejantes á lamentos, susurro de besos, frases de amor y cantos de añoranzas. Una melodía que en el silencio de la noche sonaba como canto de serafines. Los postreros acordes fueron á perderse en las regiones ignotas, y el tañedor arrojó lejos de sí el instrumento, con el cual no había logrado distraer un punto á la dolorida moza.

Era ésta, Juana, y el tío *Cuentista* el

anciano. En toda la región montañesa eran ambos harto conocidos, por andar de feria en feria y de romería en romería, luciendo él su peregrino ingenio de cuentista y tañedor de gaita, á cuyas tonadas la moza hacía gala de sus danzas y su belleza; causa de que las flores conocieran la envidia.

Ni del viejo ni de la niña sabíase otra cosa que no fuera de sus cuentos y sus bailes. Excepto á muchos mozos que pretendieron, para su dicha, encender amores en el corazón de la mozueta, á las otras gentes no las interesaba la pareja. Gozaban escuchando las melodías de la gaita, las estupendas narraciones del juglar y viendo los bailes de su acompañanta, y luego de socorrerles, según su voluntad, no tornaban á acordarse de quien les había hecho gozar plácidamente. Tal es la condición humana, que siempre pena por quien la hace penar y olvida á quien la hace reír.

Bien es cierto que más de cuatro que quisieron saber estas cosas y otras muchas tropezaron siempre con la escéptica sonrisa del viejo y el absoluto mutismo de la zagala.

Ellos tampoco se ocultaban de sus semejantes. Eran felices recorriendo los campos, aspirando sus aromas, dejándose acariciar por la brisa, escuchando las cántigas de los arroyuelos y las fuentes, y bañándose en la tibia luz solar y en la poética de la luna. Era su vida como las de los pájaros. Parábanse para cantar, y terminado el trino volvían á gozar de la paz campestre.

Como todo tiene su límite en el mundo, aquella felicidad llegó al suyo. Juaca conoció el dolor. Sus ojos, que siempre habían gozado de la pureza de un cielo diáfano, preñáronse de lágrimas, y con las delicadas rosas de las mejillas desapareció también de los coralinos labios la divina sonrisa provocada por la paz del alma.

El anciano dióse cuenta del dolor que padecía la moza, y lloró viéndola llorar. Gran conocedor de los males que apenan el alma, adivinó cuál era el que se había aposentado en la de la moza, y por saberlo, era mayor su pena. Para cerciorarse—que siempre nos gusta, más que la duda, la verdad, por muy horrible que sea—, interrogó aquella noche á Juaca. Con las sutilezas de su saber pretendió arrancarle la secreta causa de su dolor, y aunque no había conseguido una confesión, bien supo él, por el silencio y abundante llorar de la niña, por sus suspiros y congoja, que aquel mal era de amor. Por esto el anciano, queriendo imprimir en aquel padecer un aroma de poesía, luego de contemplar á la mozueta y pensar un rato, acudió á su ingenio juglaresco para distraerla; y hundiéndose delicadamente sus rugosas manos entre los dorados rizos de la dolorida, murmuró con voz rezadora:

—Oyeme, zagala; escúchame, tú, capullo abrioleño, al que acercósele amor para hurtarle su aroma y emponzoñarle con él su veneno. No ames, rosa temprana. Bien sé yo que para curar estos males que se llaman de amor no hay ungüentos ni melecinas, y que ni encantamientos ni consejos de sabios pueden con él...

Con los ojos llenos de lágrimas y ya sin fuerzas para negar, escuchaba Juana las palabras del anciano, que, en el silencio

augusto de la noche, sonaban como una oración.

—Escucha esta conseja, zagala. Es lo mejor de mi magín. No la oyó nadie ni la oirá, más que tú. Santiago, nuestro divino Patrón, me ilumine y haga que mis palabras tengan encanto para curarte... Fué allá, en tiempos lejanos. Erase una linda princesa, dueña de un castillo de bosques y praderías... Joven y bella, como flor temprana en primavera, de dos era amada. Príncipes y mancebos acudían de lejanas tierras para adorarla y festejarla con fiestas que holgaran su ánimo, alegre y retozón como sonrisa de mocoso. Y hasta hubo anciano que, olvidando la ciencia que enseñan las lágrimas que hace derramar la vida, también amó á la princesa lo mismo que los troveros que de todos los países llegaban hasta los muros del castillo para ofrecerla en poéticas y dulces trobas sus corazones encantados por el amor. Pero la princesita burlábase de todos, y reía siempre, siempre, con risa fresca que sonaba como alegre cascabeleo. Mas... ¡hay, florecica olorosa! Llegó un día que desapareció la sonrisa de los principescos labios, y la bella lloró ausencias de un amado. Fué un poeta que, luego de gozar del amor de la niña, partióse una mañana para no tornar. Y pasaron los días, las noches, y la princesita, entristecida, como marchitada flor, le esperaba siempre, caminando por los bosques y los prados; preguntando á las flores y á la brisa por el amado ausente. ¡Cuánto lloró la desventurada! Pero un día halló consuelo á su mal. Mohina, sentóse á descansar, y para hacerlo, cerró los ojos. Fué un milagro; porque al dejar de ver la luz vió al amado, y entonces pinchóse los ojos y quedó ciega, para verle siempre. Y como le veía tornó á reír y á escuchar el cantar de los pájaros... Pero la princesa no sabía una cosa que le enseñaron los años. Pasaban éstos, y su pasar iba borrando la imagen querida, hasta que murió. Entonces, la desventurada quiso ver la luz del sol, el azul del cielo y el verdor de los prados; mas no pudo, y lloró; lloró mucho, porque con la muerte de la imagen había muerto su amor, y ya no podía ver la luz. Y un día murió de tanto llorar la muerte de sus ojos.

Callóse el narrador, y reinó un silencio imponente, del que se destacaba, como un lamento, el susurro de la brisa...

En un cielo de zafir elevábase majestuosamente el sol. La brisa fresca de la mañana llevaba en sus alas la fragancia de las nuevas flores. Cantaba el regato, gorjeaban los pajarillos, y se escuchaban sonar de campanas y coplas melancólicas. Era el alegre y reidor despertar de la naturaleza, cuando el anciano, incorporándose, muamuró:

—Despereza, amante; es día...

Un grito de horror salió de la garganta del juglar, que, medio muerto de miedo, contemplaba á Juaca que, sonriendo feliz, decía, mostrando sangrantes las cuencas de los ojos, ya muertos:

—Sí, aquello es día, porque le veo; le veo... ¡Cuán galán aquello!

Un gemido angustioso salió del pecho del juglar, en tanto que la niña sonreía feliz.

Antonio Herreros.

TURISTAS



—Nosotros estar poco contentos. No haber encontrado ningún bandido con *navaca* en este pueblo. Estar engañados.

—¡Y á mí qué me cuentan ustedes! ¡Vayan á ver al señor alcalde!

(Dibujo de Ramirez.)

De nuestra colaboración galante.

EL PRÍNCIPE ENCANTADO

Como dijo el maestro Benavente en su *Cuento inmoral*, "hay títulos que engañan", y el que precede á estos malhilvanados renglones míos es, en la presente ocasión, uno de ellos. Conviene, pues, prevenir á ustedes de lo que se trata con objeto de que no se llamen á engaño.

Tengo por seguro que todos, ó casi todos, habrán comenzado la lectura de este artículo en la firme creencia de que iba á referir uno de esos cuentos fantásticos que tantas ilusiones despiertan en nuestros cerebros infantiles con sus novelescas aventuras amorosas de guerreros y juglares, desarrolladas siempre en ideales castillos de perlas y oro.

¡El príncipe encantado!...

¡Qué título más bonito! ¿eh?

¡Trabajillo me costó encontrarlo!

Tanto que si yo llego á saberlo no le hubiera dicho que sí á MADRID CÓMICO cuando tuvo la fatal ocurrencia de pedirme unas cuartillas para publicarlas.

¡Las vueltas que mi magín habrá dado desde entonces para salir airosamente de tamaña empresa!

Yo, una humilde tiple, haciendo competencia á la insigne doña Emilia Pardo Bazán! ¡Quién me lo había de decir! Y todo por dar un "sí," que no era natural, pues yo no soy escritora ni he pretendido serlo nunca.

Pero, en fin, por una vez pecaremos. ¿Quién se va á enterar? Mi confesor únicamente. Y para eso ya procuraré yo que me absuelva cuando llegue la hora de echar al aire los pecadillos. Después de todo, este pecado en las artistas es cosa corriente.

¿Qué mujer de teatro no ha dado ya á luz sus memorias más ó menos íntimas?

¿Cuál es la que no ha colaborado todavía en algún periódico, seducida por las promesas halagadoras de los chicos de la prensa, cuyas indiscrecciones nos hacen fingir muchas veces indignación, aunque en el fondo de nuestro pecho sintamos agradecimiento, porque ello nos sirve de reclamo?

Pensando de esta manera me decidí á hacer el artículo.

Y aquí me tienen ustedes con la pluma en la mano, sinceramente arrepentida del atrevimiento mío al meterme en estos berengenas de la literatura.

—¿Qué haré yo para que me lean?—me preguntaba continuamente.

A falta de tema interesante que tratar, me dediqué á la busca del título que á mi trabajo había de poner. Aquí fueron mis quebrantos. ¡Si yo encontrara uno sugestivo é interesante de esos que despiertan nuestra curiosidad!

¿No les ha pasado á ustedes alguna vez ante el escaparate de una librería ó frente á la cartelera de los teatros, sentir deseos de conocer una obra, sólo por la expresión del título, que les ha hecho exclamar: ¡Hombre! ¡Qué bonito debe ser esto!

Claro está que en la mayoría de estoscasos la esperanza suele resultar fallida. Como ahora, por ejemplo, les habrá sucedido á ustedes, queridos lectores. ¿Verdad que sí?

¿Quieren saber por qué puse á este artículo el título que lleva?

Porque cogí la pluma con intención de extenderme en algunas consideraciones acerca de ese caballero misterioso á quien, luciendo su gentileza en gualdrapada cabalgadura, supone el romanticismo ambiente héroe ideal de nuestros sueños pasionales.

No, no hay tal. Afortunadamente el duro realismo de la vida va poco á poco desterrando de nuestras cabecitas locas ese romanticismo triunfador de leyendas doradas.

Hoy no exigimos que "nuestro hombre," sea príncipe de encantamiento, ni rompa lanzas en defensa de maltrechos honores, sosteniendo combates absurdos contra enemigos poderosos é imaginarios.

Los castillos feudales, las rancias hidalguías, los abolengos ilustres, ¿para qué sirven si no dan sustancia al puchero?

En la actualidad, con tener cincuenta mil duros y un autómóvil, es bastante.

Al menos para mí.

Me parece que no soy ansiosa.

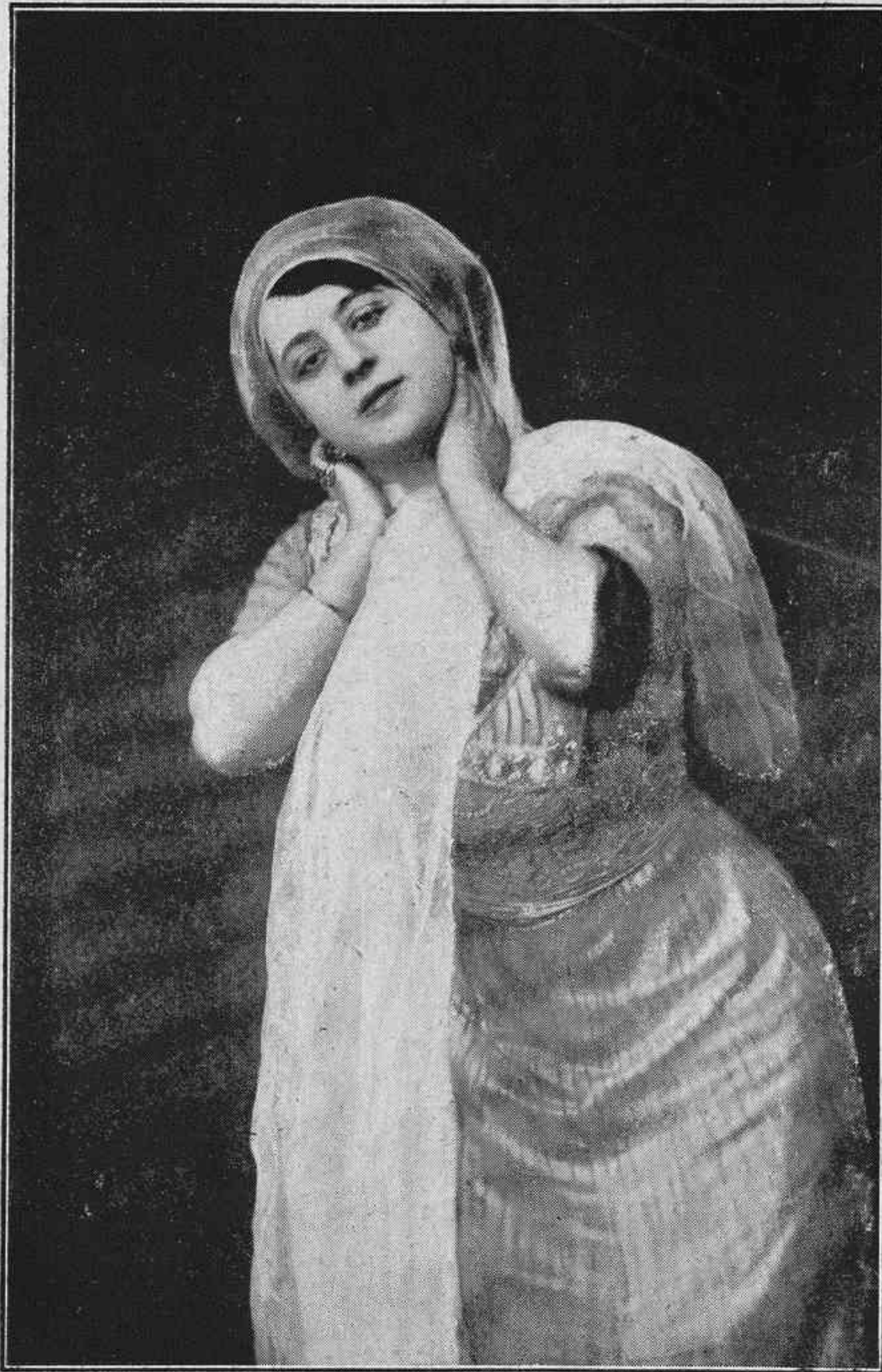
Y no digo más de *El príncipe encantado*.

Perdonad si no supe cumplir en este humilde trabajo mío todo lo que el título prometía.

Al fin y al cabo os puede servir de consuelo el pensar que esto ocurre con mucha frecuencia.

¡Son tantos los títulos que prometen y no cumplen!...

Julia Domínguez.



La autora del artículo.

CANTARES... PERIODÍSTICOS

Permita Dios que te veas
á las tres de la mañana,
sin tabaco, sin cerillas,
y con quince telegramas.

No salgas nunca de casa,
sin el carnet de la prensa,
que, de ese modo, si hay palos
te darán donde no duelen.

¡Las penitas que yo paso,
temiendo que á cada instante
salga el coche del Juzgado!

A. R. Bonnat.

INFORMACIÓN TEATRAL



La verdad en su punto. *Las mujeres de don Juan*, fantasía cómico-lírica de los reputados autores Perrín y Palacios, estrenada en Apolo últimamente, obtuvo un éxito de los más grandes que se han registrado esta temporada.

Merecido, entusiástico, de los que caen pocos en libra. La musa fresca é ingeniosa, la inventiva de don Guillermo y don Miguel, son manantial inagotable.

Señores, ¡hay que tener en cuenta la cantidad de obras que han escrito, todas originales y todas llamativas y "productivas", del mismo corte que *Las mujeres de don Juan*, y sin embargo, continúan por el camino emprendido, y de triunfo en triunfo!... Las brillantes victorias ganadas, y "las que te rondaré morena", en estas obras de espectáculo, que ellos solitos nos han dado á conocer, y en las que otros, queriéndoles imitar, han fracasado llenos de laureles en la carrera de autores dramáticos que emprendieron años ha, con notable acierto, y para bien de empresas, músicos, pintores, actores, y del público en general, que tantos buenos ratos ha pasado, pasa y pasará, presenciando las producciones de los estimables y queridos escritores.

—¿Me dejas meter "baza"?

—Si no metes alguna estremidad al hacerlo, te permito que hables.

—Ya que tú has echado las campanas á vuelo en honor de los "papases", de *Las mujeres de don Juan*, yo voy á ir recordando la magnífica impresión que me produjo esa entretenida fantasía de última novedad. Aunque parezca que no, pese á algunos que se las dan de listos, el libro de "esas mujeres", tiene su argumento; un argumento admirablemente desarrollado, y hasta si se quiere, lleno de poesía. La vida de don Juan es un estudio psicológico que no debe pasar desapercibido. ¡Hay tantos don Juanes Osorios por esos mundos de Dios! Luego queda demostrado que ese importante personaje, el principal de la obra, es fiel retrato de la realidad.

Demostradísimo; y para que su juego en escena nos entretenga agradablemente, sus autores han inventado varios cuadros llenos de luz, mujerío, alegría, y han "fabricado", chispeantes é ingeniosos diálogos, que son escuchados con agrado, y premiados con ruidosas ovaciones.

Por si es poco todo eso, bueno será hacer constar que el maestro Calleja ha escrito una partitura preciosísima, como suya, que se aplaudió con entusiasmo y que no tardará en hacerse popular. Toda la música se ajusta perfectamente á las situaciones que han creado los libretistas, y responde á los méritos del simpático compositor.

Del sexo femenino merece especial mención la señorita Isaura, por lo archi-

superiormente que interpretó el papelito de vieja Celestina. ¡Bravísimo, nenita! La señora Lahera cantó como los propios ángeles la bonita serenata del cuadro segundo. ¡Vaya si tiene bien educada la voz! La Palou, elegante y discreta; Pilar Pérez, bellísima; trabajó con gran cariño. Videgáin, en su papel de "arreatador tenorio", notabilísimo; vale mucho este muchacho; y los señores Valero, Vallejo. Rufart y Sotillo, se portaron como buenos.

—¿Y qué me dices del decorado y los trajes?

—Un derroche. La empresa ha puesto la obra con toda magnificencia. Martínez Garí ha pintado unas decoraciones espléndidas, y Vila ha confeccionado unos trajes que una vez más le acreditan de poseer refinado gusto artístico.

Carrión merece un aplauso por su importante labor, eu lo que respecta á la dirección escénica. ¡Bien ha trabajado el hombre, bien!

Apolo ya dió con la obra de la temporada; ahora, á ganar dinero. El Dios éxito—Perrín y Palacios—ha sentado sus "reales",—que se convertirán en pesetas—en el coliseo de la calle de Alcalá. ¡Albricias!... y hasta las 500 representaciones.

* * *

Loreto Prado celebró su beneficio.

Y, como de costumbre, constituyó una solemnidad artística. El teatro lleno de escogida concurrencia durante toda la velada; la Loreto obsequiada, como de costumbre también, con abundancia. De presentes yo creo que recibió más, que objetos hay en el Hotel de Ventas.

Y qué regalitos, mi amigo!

De mucho valor la mayoría, y de buen gusto casi todos ellos.

El programa de la función lo formaban las aplaudidas zarzuelas, divididas en partes, por cuadros y actos: *La viva de genio*, *El refajo amarillo* y *Gente desnuda*.

Con que Loretito: hasta el próximo año que volveremos á batir palmas en honor suyo, cuando de nuevo se verifique su otro beneficio.

* * *

En el Coliseo Imperial se ha estrenado una comedia, del notable escritor Federico Gil Asensio.

—*Calor de besos*, y es una lástima verdaderamente que obras así tan lindas y tan bien escritas vayan á parar á teatruchos como el Coliseo Imperial, en donde no dan honra ni provecho, y "en cambio", son interpretadas con ciertas deficiencias, y por actores poco recomendables, como algunos de los que pisan las tablas del mencionado cine ilustrado. *Calor de besos* es una comedia que en Lara habría sido acogida con más "calor", que en el

Coliseo Imperial, con lo que, ni que decir tiene, lo que su aplaudido autor hubiera salido ganando.

Y los infelices mortales que presenciemos el estreno, en localidades nada cómodas, pero relativamente caras.

Colirón.

MALAGUEÑAS

Está la lucha empeñada
y de luchar no desisto,
¡yo me juego el corazón!
¡tú te juegas un capricho!

La madre que te parió
debe valer un Perú;
¡bueno ha de ser el rosal!
¡que da rosas como tú!

Narciso Díaz de Escobar.

EPIGRAMAS

—Ayer se casó Pascual,
cosa que me ha sorprendido.
—A mí, no; ¡si ese perdido
tendría que acabar mal!...

* * *

A Leonor encantadora
pretenden que dé al olvido,
porque dicen que han sabido
que es una gran pecadora.
¿Por eso la he de olvidar?
Fuera imperdonable error:
¡Pues si yo quiero á Leonor
justamente por pecar!...

* * *

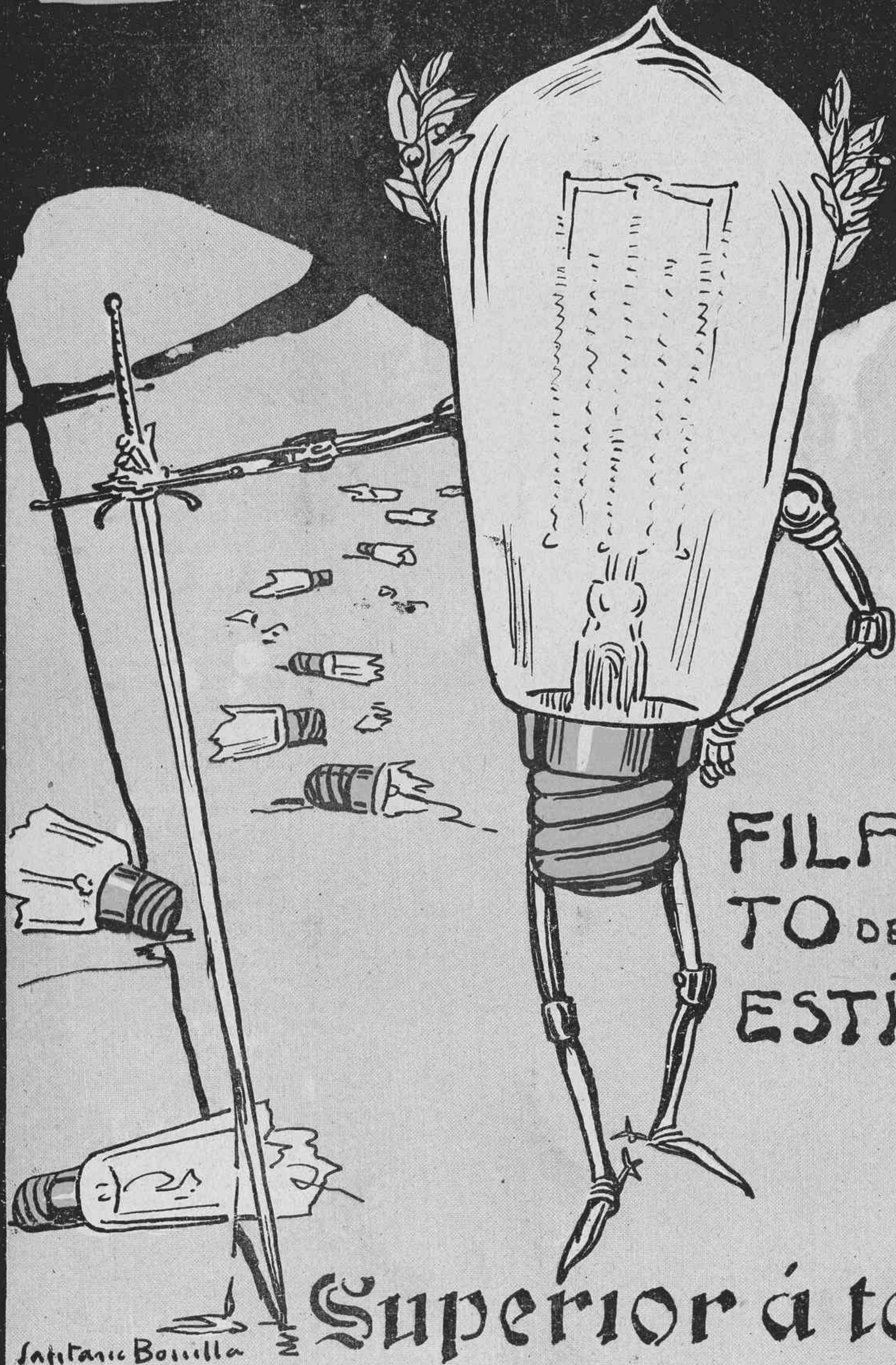
Obras da al teatro Vicente,
y del público paciente
suele decir con desprecio,
cuando la silva. "¡Qué necio!"
si aplaude. "¡Qué inteligente!"

* * *

La bella Inés, de improviso,
á su novio preguntó:
—Dí, ¿qué haríamos tú y yo
en un nuevo Paraíso?
Y él, dejando frases vanas
le contestó sonriente:
—No aguardar á la serpiente
para hartarnos de manzanas.

Liborio Perset.

OSRAM



FILAMEN-
TO DE HILO
ESTIRADO

Sanitario Bostilla

Superior á todas